

158

La Estética de La
Juventud:
La construcción
del carácter
moral como
obra de arte

Andrés Rodríguez Rubio

RESUMEN

LA CONDUCTA MORAL O EL ESTILO CONDUCTUAL DE CADA CUAL es un constructo existencial que toma el tiempo vital para hacerse. Es el *êthos* que se va haciendo día a día, el carácter, el modo de ser. De *êthos* viene ética, señaló Aristóteles. Hay, por lo tanto, una elección del personaje que queremos ser y una construcción diaria del mismo. Nuestra conducta no es improvisada cada vez, es la consecuencia de la historia personal de nuestra biografía íntima. Exponemos aquí el proceso de esa trayectoria como equivalente a la creación de una obra de arte o a la unión de la ética y la estética en la edificación del carácter moral. Aunque no todos encaran la existencia en el sentido positivo que exponemos y, por lo tanto, el resultado de la existencia puede ser, si acaso, una tragedia o una media-nía sin acento ninguno.

Palabras claves: ética, estética, carácter, virtud.

Milenio, Vol. 10, 2006

ISSN 1532-8562

INTRODUCCIÓN

LOS ACTOS LIBRES VAN CONSTRUYENDO en el tiempo una figura moral estable que llamamos carácter o *êthos*. De la misma manera que se construye la casa poniendo piedra sobre piedra, el *êthos* se edifica, acto sobre acto, sobre el terreno de la naturaleza original y se convierte en segunda naturaleza, que es esta creación que deliberadamente dirigida formamos como la morada del ser. Porque una vez edificado el *êthos*, nuestros actos salen formalizados por la personalidad moral que llegamos a tener o ser. Por eso Aristóteles advirtió que *ética* viene de *êthos*.

Otros han dicho que carácter es destino en cuanto una vez formado los actos salen con la marca del *êthos* construido. Pero no es el destino de los dioses, sino el destino que el hombre mismo predetermina por su modo de ser adquirido. El ser está ligado, como enunció Heidegger, al tiempo. Somos lo que en el pasado delineamos en la forma sutil del estilo personal que se

fue haciendo y que ahora se vislumbra como obra propia cincelada por la libertad, que eligió el toque justo en el instante en que decidimos qué hacer, en el drama cotidiano de existir. El porvenir de mi libertad está dirigido por la libertad original del pasado, aunque en cuanto libertad puede cambiar el destino prefijado, que es el privilegio de ser *humano*, que puede elegir la *conversión*, aniquilando su propio destino y edificando uno nuevo.

Al igual que el escultor trabaja sobre el mármol elegido para convertirlo después en un David o un Moisés, el humano, también, trabaja sobre la sustancia ética, que es la vida, para construir así el ser moral. De ahí que realmente la ética es también estética. Pero el drama del ser es que puede resultar un David, un monstruo o figuras intermedias que no pasan de la figura banal y trivial del hombre mediocre. El instante, por lo tanto, tiene más importancia de lo que le otorgamos, y más todavía en la juventud donde comenzamos a cincelar nuestra figura, no la visible, que carece de tanta importancia, sino la invisible figura sentida en las actitudes, que los ojos no ven, pero que el corazón siente, cuando nos cruzamos unos con otros. La ética camina en la *polis* como el aire en los jardines.

La relación entre la ética y la estética parece encontrarse al observar este último término. En efecto, éste (*est-ética*) contiene la palabra ética y quizás por no detenernos lo suficiente nunca notaremos este curioso hecho. Esta observación nos sirve de hilo conductor para ahondar en el tema que nos ocupa: la relación entre la construcción artística y la construcción del carácter moral. Estética suele entenderse como filosofía de la belleza, pero también es filosofía del arte. Ambos sentidos serán tomados en cuenta en lo que vamos a indagar a continuación.

En primer lugar queremos aclarar que esta relación ética-estética se remonta a la antigüedad, aunque en realidad la palabra estética como la usamos hoy no existía. El término surge, como filosofía de la belleza y del arte en el siglo XVIII con Alexander Baumgarten (1714-1762)¹.

En el pensamiento antiguo, en la filosofía griega, aparece esta relación especialmente en Pitágoras, Sócrates y Platón. El primero, se refiere ya a una vida hermosa, como una obra de arte lo que tiene una evidente connotación moral.² Sócrates y Platón prácticamente identifican la belleza y el bien (es lo que se entiende por *kalokagathía*). En el diálogo *Fedro* hay una referencia expresa a la belleza de las almas que son las que poseen y practican la virtud. En el mundo romano, en el pensamiento estoico, más enfáticamente aún ésta, la virtud, es el arte de la vida³. La conjunción de belleza y bien es definitiva.

En Aristóteles, más que una referencia a la belleza hay una indagación

sobre la construcción del carácter moral mediante la virtud, que es un *metron*, una medida sostenida en el equilibrio y armonía en las acciones que potencian la virtud. No es el acto la virtud, sino la estabilidad de éstos, la continuidad en la dirección perfecta, en la victoria del *logos* sobre la *orexis*, la razón sobre el apetito, es lo que conduce a la virtud y por ende a la felicidad de la vida. De ahí la frase inmortal de Aristóteles: “una golondrina no hace la primavera [verano, traducen otros], como tampoco un día de sol: igual que tampoco es un solo día ni un reducido intervalo de tiempo lo que constituye la felicidad y la dicha”⁴. Así se construye el *êthos*, el carácter, el modo de ser moral: poco a poco, o golpe a golpe, en el tiempo. Por eso *êthos* viene *êthica*. Volveremos sobre esto más adelante.

Dentro de la línea platónica de la convertibilidad entre belleza y virtud, Shaftesbury (1671-1713) parece continuar al filósofo de los diálogos. Platón en *La República* había establecido que el joven que se habitúa a la belleza, especialmente a la música, desde su más tierna edad va generando un amor por la virtud y un desprecio por lo inarmónico y grotesco. Veamos sus propias palabras dirigidas a Glaucón:

¿Y no será...porque un joven educado como es debido en la música discernirá con toda precisión lo que haya de perfecto y defectuoso en las obras de la naturaleza y del arte y recibirá de ello una impresión justa y enojosa; y, por lo mismo alabará arrebatadamente lo que observe de hermoso, le dará cabida en su alma, hará de ello su alimento, y con eso se formará para la virtud; mientras que por otra parte, sentirá desprecio y aversión naturales hacia aquello que encuentre de vicioso, y eso desde su más tierna edad, antes de ser iluminado por las luces de la razón, apenas llegue la cual se abrazará con ella en virtud de la secreta relación que habrá establecido la música entre la razón y él? —Ésas son, a mi ver, las ventajas que nos proponemos conseguir al educar a los niños por medio de la música.⁵

Shaftesbury ve en esa búsqueda de la perfección armónica un símil de la actitud de un amante enamorado de la belleza y al mismo tiempo de la virtud. El sentimiento connaturalizado con la virtud y la belleza, en Shaftesbury, encumbra al hombre por encima de lo defectuoso, formando una suerte de *moral sense* que lo enfoca siempre hacia lo mejor.

Nuestro tiempo no se ha desligado completamente de estas concepciones antiguas de la moral. En el siglo XX un gran español, José Ortega y Gasset, nos recuerda: “En el vocabulario platónico, ‘belleza’ es el nombre concreto de lo que más genéricamente nosotros solemos llamar ‘perfección’.”⁶ Si nos

atenemos estrictamente a lo que señalamos antes sobre la identificación entre belleza y bien en el pensamiento platónico, la perfección es la aspiración moral, utópica podemos decir, de todo ser humano. Bien aclara más adelante Ortega: “perfección en el horizonte humano quiere decir, no lo que está absolutamente bien, sino lo que está mejor que el resto, lo que sobresale en un cierto orden de cualidad; en suma: la excelencia”⁷. O como hemos dicho en otra parte, es una aspiración a lo mejor: “Querer ser perfecto significa algo muy modesto en comparación con lo que se ha entendido anteriormente sobre ello, es querer mejorar, superarnos. Y esa meta mueve lo moral”⁸.

Michel Foucault hace expresiones muy pertinentes al tema que venimos tratando hasta el punto de encontrarnos en una verdadera estética de la existencia. ¿En qué sentido podemos afirmar algo así? Foucault entiende que la vida misma que poseemos o somos necesita una elaboración para desarrollar sus potencialidades y desplegar su esencia. Lo que es justamente la ética: la búsqueda del ser; el despliegue del ser. Aunque con gran cautela insertamos aquí como paréntesis, antes de seguir, para recalcar que hay que evitar el *autismo moral*, que encierra al sujeto en su individualidad. Hay que entender la complejidad en medio de la cual existimos, de manera que más pronto que tarde, la búsqueda del ser salte al ser colectivo, al *otro*. De lo contrario, no habría realmente una existencia ética. Sin embargo, lo primero es una preparación necesaria para pasar a la segunda etapa.

La estética de la existencia en Foucault se refleja en sus propias palabras: “La idea del *bios* como el material de una pieza de arte estética es una idea que me fascina”⁹. Lo dice, teniendo en mente el pensamiento antiguo. A modo de síntesis encontramos su explicación personal en la entrevista que publican Tomás Abraham y Gustavo Mallea:

En la antigüedad, este trabajo sobre el “yo” con su acompañante y servidora austeridad, no es impuesto sobre los individuos a través de leyes civiles u obligaciones religiosas, sino que es una elección sobre la existencia hecha por un individuo. La gente decide por sí misma si quiere o no cuidar de sí misma.

Y no creo que esto se haga para obtener la vida eterna después de la muerte, porque no estaban particularmente preocupados por ello. Más bien actuaban de manera tal de conferir a sus vidas ciertos valores (reproducir ciertos ejemplos, dejar detrás suyo una reputación elevada, dar el máximo brillo posible a sus vidas). Era cuestión de transformar la vida de uno en un objeto de cierto conocimiento, de una *techne*, un objeto de arte.

Poseemos escasos restos de esa idea en nuestra sociedad; esa idea de la que uno es la principal obra de arte de la que uno tiene que hacerse cargo, idea según la cual, el área principal sobre la cual uno debe aplicar valores estéticos es uno mismo, la propia vida, la propia existencia.¹⁰

Con todo este bagaje de pensamiento expuesto, del cual nos sentimos deudor en lo que diremos, abordemos nosotros el tema de la estética de la juventud en particular. En primer lugar, la construcción del carácter moral que hemos mencionado como especificación del título, no es algo que se dé sólo en la juventud. Podríamos enfocar también el tema, que no será en esta ocasión, de la estética del otoño existencial; y esto es posible porque la estética de la existencia, de la construcción del yo, termina con la muerte.

Ahora nos ocupa el tema de la juventud por la urgencia que nos plantea este encuentro, y con toda justificación, sobre la educación. También debo decir que me apela tratar este período de la existencia por la convivencia diaria con los jóvenes en el aula universitaria y fuera de ella, a lo que debo, lo digo muy frecuentemente, una cierta continuidad perpetua de esa juventud del alma, o al menos creo que soy contagiado, feliz contagio en este caso, de salud y no de enfermedad ninguna.

La filosofía quizás más leída por nosotros, es aquella que los filósofos griegos y romanos dirigieron a los jóvenes. Los encontramos como ávidos escuchas, muy particularmente en Sócrates, quien no escribió nada y murió rodeado de sus desconsolados discípulos, entre los cuales se encontraba el joven Platón para eternizar en sus diálogos la presencia del maestro. Por otra parte, Aristóteles nos deja su principal síntesis ética en el escrito referido al joven Nicómaco, su hijo. En las *Cartas a Lucilio*, Séneca vierte su inmortal sabiduría con el amor de un maestro venerable. En nuestro tiempo, muchos hemos leído con fruición *Ariel* de José Enrique Rodó, este magnífico uruguayo que sigue siendo luminoso un siglo después, que comienza diciendo en su vena romántica: "Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación"¹¹.

En *La Ética para Amador*, Fernando Savater se dirige a su hijo quinceañero (sobre lo que ha ampliado después diciendo que era para todo lector): "Su tema [el de la ética]...harás bien en no pasarlo por alto: trata de lo que puedes hacer con tu vida y si eso no te interesa, ya no sé lo que puede interesarte. ¿Cómo vivir del mejor modo posible? Esta pregunta me resulta mu-

